

La Sibila de Cumas

En la boca,
debí poner el montón de arena dentro de la boca
y silenciarla para siempre, sellarla con asfixia y aridez,
en lugar de guardarlo adentro de mi mano como un precio de oprobio:
el de una mercenaria y vergonzosa transacción.
El estaba a mi lado, centelleante, como la rama dorada en medio de la encina,
¿acaso no era el sol?
Ambos nos contemplamos, agitados, después de la carrera por la playa,
tan jóvenes y bellos, ambos tan codiciosos,
ávidos como el fósforo y el mar, veloces como el vértigo.
Yo miraba más lejos, más allá del instante.
Vi pasar por sus ojos el pleno mediodía del deseo,
extenderse en penumbras, caer bajo la tarde del hartazgo.
El veía en los míos, replegada quizás entre cenizas, la red de mi artimaña.
Le pedí tantos años como granos de arena recogí en el maldito, desmedido puñado,
a cambio del amor, del imposible amor,
que desde mi costado ya era la fuga o el aniquilamiento o el veneno.
Apolo concedió; se sonreía como saben hacerlo los dioses cuando saben,
cuando Averno y Olimpo son testigos de la derrota humana.
Yo me había olvidado de reclamar también la juventud,
la corona del tiempo, el esplendor del alba en el espejo, la cresta de la ola.
No, no ardí entre sus brazos tocada por el rayo de la eternidad y el del espanto.
Mi error me dispensó de regatear el pago:
fue un derrumbe insensato que sepultó entre escombros mi triunfo y mi falacia.
A él lo eximió de urgencias y de ardores:
acalló su reclamo el negro polvo de siglos de venganza.
Yo miraba más lejos; me veía avanzar por el camino interminable.
Y el resto siguió igual. No hubo un grito en el cielo,
ni los bosques cambiaron de color ni se detuvo el vuelo de los pájaros.
Ni siquiera la piedra oyó mi súplica, aunque la disolvió mi llanto.
Ahora soy apenas una borra de sangre,
un harapo estrujado, un mísero pellejo que alcanza solamente para insecto,
y zumbo mi profecía en esta jaula como un ave agorera roída por la plaga.
Pero esta misma boca que habló por las cien bocas de la gruta con la voz del oráculo
adelantó capítulos enteros de la Historia,
anunció la matanza, el rapto y el incendio que arrasaron a Troya,
predijo el esplendor y la caída de Roma, la pomposa, la recién llegada.
Estos ojos sin lágrimas, que únicamente ven hacia adelante,
contemplaron nacer y morir las dinastías, el Fénix, las montañas,
y hasta vieron un día hundirse en el ocaso la caravana de los dioses griegos.
Estos pies que son tierra bajaron varias veces al infierno.
Ha llegado la hora de filtrar mi desdicha en un puñado de mortales arenas.

Ahora sólo hay muro, un larguísimo muro bajo ráfagas grises.
 Ya no hay sol, ni pasado, ni porvenir siquiera.
 Vamos entonces: ¡hiere!

Ceremonia nocturna

En el fondo de ti hay siempre alguien que con la noche gime,
 alguien que llora igual que una criatura olvidada en un bosque o en un desván en
 llamas,
 alguien que humilde, tierna, desgarradoramente,
 se remite al dios pájaro, a la diosa volanta, a su madre la todopoderosa,
 o trata de tomarse de tu mano, su propia mano en el impredecible porvenir.
 Pero es lejos; no alcanza; no acierta con el sitio del destino.
 Tendría que ser topo hurgando en los depósitos atestados del tiempo;
 tendría que tener su talismán de hueso de pescado para poder pasar.
 Alguien llora en la noche fatalmente,
 como sale a tu encuentro ese perfume a hierbas que exhalaba el suspiro del ropero
 o como chilla en sueños el último peldaño de la vieja escalera.
 Tú no alcanzas a ver, ¿a través de qué nubes,
 si hasta la misma espuma se hizo piedra y todas las arboledas se volaron?
 Tal vez la miró el buho,
 quizás haya escondido algún tesoro y no recuerda dónde,
 acaso esté rodando desde lo alto del tejado sobre los vidrios rotos,
 y no encontró remedio ni consuelo que restañara su lastimadura.
 En la noche y a solas,
 cuando hasta los cobardes amedrentan las fieras
 y los que no salieron nunca de su casa fundan ciudades con la espada,
 tú te atrincheras en tus intemperies,
 piensas que ningún rostro es duradero, que la vida es una sábana exigua
 y que todo fantasma es un reclamo contra la ocultadora realidad.
 Entonces ella gime desde el fondo de ti;
 llora puntual, sumisa, desamparadamente.
 Aunque alzara una antorcha no la podrías ver, sepultada debajo de los años.
 Es difícil mirar hasta tan lejos a través de otras lágrimas.
 ¿Y si fueses, tan lejos, la culpable?

Punto de referencia

He acumulado días y noches con amor, con paciencia
 —ah, con ira también, un resplandor de tigres en la oscura desdicha—;
 los he petrificado alrededor del sitio donde habito,
 que no es más que una pálida espesura en medio de la enrarecida vastedad,

una exigua sustancia expuesta a los pillajes y a la furia desatada del tiempo.
 He juntado vestigios, testimonios que acreditan quién soy,
 credenciales irrefutables como un juego de espejos en torno de un fulgor,
 certezas como cifras esculpidas en humo.
 Puedo afirmar que no hay bajo este cielo nada que no perdure por mis ojos
 y que un ínfimo insecto conserva su lugar de honor en mi muestrario.
 No soy menos que un topo; algo más que una hierba.
 Sin embargo no encuentro mi verdadera forma ni aún a plena luz,
 por más que me recuento, me recorra y persiga por fuera y por debajo de la piel.
 Siempre hay alguien en mí que dice que no estoy cuando me asomo,
 alguien que se desliza paso a paso a medida que avanzo
 hasta dejarme a ciegas, asida solamente a un nombre, a la ignorancia.
 Porque hay prolongaciones inasibles que llegan más allá,
 zonas inalcanzables donde tal vez se impriman las pisadas de Dios,
 subsuelos transparentes que se internan a veces en los jardines de otro mundo
 y al regresar expanden un perfume semejante al del alba.
 ¿Y esos bloques errantes, continentes en fuga como ballenas blancas
 que rozan las fronteras propagando el pavor y no regresan nunca?
 ¿Y qué fronteras rozan, si he forzado hasta el máximo la vista y el insomnio
 y donde me aventuro no hago pie, me pierdo en los abismos?
 ¿No he arrojado preguntas como piedras y amores como escombros
 que están cayendo aún, que no han tocado fondo todavía?
 Inmenso mi animal desconocido, mi armazón insondable, mi esfinge nebulosa.
 Y ningún emisario, ningún eco, que no sea este cuerpo inacabado.
 Toda una confabulación de lo invisible para indicar apenas que no soy de este mundo,
 sino tan sólo un testimonio adverso contra la proclamada realidad,
 una marca de exilio adherida a las grandes cerrazones donde comienza el alma,
 acaso con un himno, quizás con un sollozo.

Pero dime, Señor:
 ¿mi cara te dibuja?

El resto era silencio

Yo esperaba el dictado del silencio;
 acechaba en las sombras el vuelo sorprendente del azar, una chispa del sol,
 así como quien consulta las arenas en el desierto blanco.
 El no me respondía, tercamente abismado en su opaca distancia,
 su desmesura helada.
 Calculaba tal vez si hacer hablar al polvo que fue columna y fue fulgor dorado
 no era erigir dos veces el poder de la muerte,
 o si nombrar enigmas al acecho y visiones que llevan a otros cielos
 no era fundar dos veces lo improbable, como en la vida misma.
 Quizás siguiera el juego de unos dados que no terminan nunca de caer,

que giran como mundos extraviados en el vacío inmenso.
Yo aventuraba voces de llamada en la bruma,
sílabas que volvían tal como la paloma del diluvio volvió por primera vez al Arca,
balbuceos deshabitados hasta nadie, hasta salir de mí.
El crecía entre tanto a costa mía y a expensas de la Historia,
amordazando al tiempo, devorando migaja por migaja la creación.
Era todos los nombres y era el tigre,
el color del crepúsculo, los mares, el templo de Segesta, las tormentas.
Denso como la noche, contra la noche muda me acosaba.
Y ya no había más. Eramos él y yo.
¿No fue entonces extraño que de pronto lo viera casi como al Escriba,
remoto, ensimismado, frente al papel desnudo,
con los ojos abiertos hacia su propio fuego sofocado
y la oreja tendida hácia el sermón del viento y el salmo de la nieve?
Había una sentencia en su página blanca,
un áspero dictado caído de lo alto hasta su mano:
«Y haz que sólo el silencio sea su palabra».

Olga Orozco